

Apuntes sobre el Profesor y el Artista¹

Juan Casassus

Filósofo, sociólogo y educador

Cuando uno piensa acerca del Arte y la Educación, de inmediato se hacen presentes muchas relaciones que muestran que entre ellos hay muchos elementos comunes. Una de las más evidentes es la relación entre educación y teatro. Los profesores son actores y directores de una obra que va de la comedia a la tragicomedia. La capacidad de actuación del profesor es crucial para el aprendizaje. Los alumnos que tienen un profesor que sabe su materia a la perfección, pero que no es un actor, es decir, que no entrega su saber con contenido emocional, tendrán que hacer muchos esfuerzos para lograr incorporar algo de la materia. Si le agregamos la dimensión del baile, la obra va también con una coreografía donde los bailarines han perdido sus estructuras clásicas para entrar en un posmodernismo bastante vital, aunque desordenado; donde la intensidad de la presencia y del movimiento intensifica la realidad. En fin, uno podría seguir buscando en las distintas artes los puntos relativamente obvios de contacto entre Arte y Educación.

En este texto, lo que me propongo es lo contrario. Lo que me propongo es entregar algunas reflexiones sobre una relación (similitudes/diferencias) menos obvia, menos explorada, pero no menos potente. Me refiero a la relación entre las Artes Plásticas y la Educación, o el Artista Plástico y el Profesor, o el Profesor y el Pintor.

En primer lugar, les ruego un poco de paciencia. Voy a hablar del profesor o profesora, refiriéndome a ellos no en su cotidianidad concreta, sino en su estado puro.

Cuando uno entra a la carrera docente lo hace por vocación, o porque le gusta o por las más variadas razones. A veces esa vocación se cumple o el gusto se satisface. Cuando ello ocurre, ocurre porque de alguna manera, en el ejercicio de la profesión el profesor o la profesora han entrado en contacto con el profesor arquetípico. De alguna manera, el profesor participa en mayor o menor grado del arquetipo puro. Es en este sentido que hablo de estado puro.

Yo entiendo que el profesor puede ser un artista, y que su labor puede ser un arte. La educación puede ser un arte, aunque, ciertamente no todo aquello que llamamos educación es arte. Muchas veces la educación puede ser percibida y pensar que está realizada con solo la transmisión de un conocimiento que va desde el profesor al alumno.

1 (N. del E.) Esta ponencia del profesor Casassus formó parte de la mesa redonda: "Arte y Educación", en el 1^{er} encuentro de Arte y educación: "Pedagogía y Arte: una relación necesaria", realizado en septiembre de 201^o en la UAHC.

De la misma manera, y para ser justos, digamos que también el arte puede no ser arte. No todo aquello que llamamos actividad artística es arte. Puede ser que el artista, un pintor por ejemplo, sea solo una persona que utiliza la técnica artística para reproducir un objeto, una realidad que está afuera. Pero eso es solo técnica. El pintor que es un artista, crea más realidad a la realidad del objeto presente.

La educación puede ser todo lo contrario que arte. Esto ocurre cuando en su afán de socialización o de sometimiento, el profesor reduce el acto educativo a la implantación del conocimiento en el alumno. Pero no es eso de lo que queremos hablar hoy. De lo que queremos hablar es del profesor como artista.

La educación es arte cuando el profesor agrega más realidad (u otra realidad) a la realidad de los alumnos.

Cuando la educación es arte, se da un momento que bordea la felicidad en el profesor. Ver emerger el conocimiento en los alumnos, ver el momento en el cual un alumno comprende, es ver el instante de creación en el alumno. Es una creación que ha sido estimulada por el profesor.

Es un momento que solo bordea la felicidad, porque la felicidad no se realiza en ello. Cuando el profesor ve que el alumno comprende, cuando ocurre el instante de creación en el alumno, lo que emerge es una sensación de satisfacción de ser un profesor. El profesor artista está guiado por el amor a su profesión porque ella promete felicidad, pero no es una felicidad que se realice, solo bordea la felicidad. Esto es así, porque el alumno es independiente de él. La creación es la del alumno, y no la del profesor.

Con el artista es diferente..., y ¡ay del artista que crea que su obra puede ser perfecta y transformarse en vida!. Ya le ocurrió a Miguel Ángel con su Moisés, al que le ordenaba que se moviese, que hablara, etc. Por lo magnífico que pudiera haber sido Miguel Ángel, él no podía hacer que su obra cobrara vida. Con el profesor es al revés. Su obra está irremediablemente viva. Por este hecho, es irremediablemente independiente de él.

Hay algo frustrante en todo esto. Si la promesa de felicidad que viene de pintar la obra perfecta ocurriera, esta sería un gran infortunio. Dada la dependencia del artista plástico en relación con la materia sobre la cual trabaja y, también su dependencia de los instrumentos, no le quedará otra alternativa que retirarse, jubilar, porque no podrá hacer nada mejor, y siempre hará algo menos bien. La fuente de energía que emerge de la materia es en este caso limitada. Si hace una obra perfecta, entonces es mejor que se retire o que se dedique a otra actividad.

En la docencia esa situación es diferente. No hay dependencia. Por el contrario. En la docencia la fuente es sin fin, porque la realización de la

potencialidad no es solo la de él, sino también, y sobre todo, del alumno, y los alumnos cambian siempre.

En ambos casos el proceso continúa. El proceso de enseñanza, como el de producir una obra plástica, puede volverse rutinario. Puede ser el resultado de hábitos y técnicas adquiridas. Por esto es necesario generar hábitos de trabajo. Ambos aspiran a la felicidad que promete la gran obra, pero ella es solo una promesa de la profesión, y esta es su gran insuficiencia. La insuficiencia de ambos, del profesor y del artista. La felicidad no se consigue.

Pero esta insuficiencia es algo bueno. Es algo que está bien, porque en ello hay un reconocimiento de hecho de la primacía de la vida por sobre la obra.

Lo que es la vida en el arte, no es la vida del arte, sino que es la vida del artista. Lo que fluye es su vida y su manifestación.

En esto, el profesor y el artista son parecidos. Pues en ambos fluye su propia vida, y su capacidad de manifestar es la manera como él o ella se manifiestan, bajo la forma en el cual el conocimiento se ha encarnado en su cerebro, en ellos. Si cambian las sinapsis, cambia el cerebro y cambia el conocimiento en ellos. Todo esto es creación, es una creación constante, pues el sentido del conocimiento cambia con las experiencias de vida. Si no cambia, entonces es algo abstracto, algo que se repite a sí mismo, y en este caso, es algo desprovisto de vida.

Este es el componente emocional. El conocimiento conceptual tiene que vibrar con el mundo emocional del profesor. Esta es la señal de que el conocimiento está vivo, y que no es algo que se ha reificado.

En la educación y en el arte, la intuición tiene un papel importante. La capacidad de intuir y comprender que tiene el artista plástico con el objeto de su trabajo, lo que él siente ante ese objeto es lo que le permite agregarle realidad al objeto. Lo mismo ocurre con el profesor. Su capacidad de establecer y sostener una relación emocional es lo que permite la agregación de realidad al alumno. Esto, claramente no es una técnica, algo prefabricado o algo envasado. Es una relación vital y es lo que permite que ocurra el aprendizaje. Si la relación muere, muere el aprendizaje. Es un proceso que debe estar consciente, porque el profesor debe mantener el vínculo emocional y al mismo tiempo, mantener distancia.

Si comprendemos esto, entonces comprendemos que la intuición y la relación emocional tienen un papel más importante que el conocimiento y la inteligencia. Son pocas las profesiones en las que esto ocurre, y estas son dos de ellas: la del profesor y la del artista.

Gracias.